

Si Dios fuera mujer... ¡qué lindo escándalo sería!

Walter Chamocho (1)

“Si Dios fuera mujer”, es el título de un notable poema de Mario Benedetti, “...*qué lindo escándalo sería, qué venturosa, espléndida, imposible, prodigiosa blasfemia*”, cierra el verso. Y es que, a propósito del 8 de marzo y transcurrido más de un siglo de conmemorar el día internacional de la mujer, no terminamos de darnos cuenta del inefable androcentrismo que aún subyace -y bien resiste- en nuestras sociedades: un fantasma que nos sigue socavando en vidas, derechos y aspiraciones de millones de mujeres; un fantasma que sigue confabulando y tolerando sus increíbles formas de violencia y de discriminación.

No debemos acaso, como sugiere el poema de Benedetti, escandalizarnos frente a lo que se nos sigue imponiendo como una verdad normalizada. Desestructurar nuestro inconsciente androcéntrico del imaginario social, romper con aquel pensamiento preeminente de que la dominación masculina es un hecho natural e inmanente a nuestra sociedad y por ende a sus instituciones: familia, iglesia, escuela, estado.

No debemos acaso persistir en el desafío de reconstruir una sociedad plural, democrática e inclusiva, a partir de nuestra propia realidad y cultura (rural-urbana) y desde una nueva forma de mirarnos y aproximarnos. No podemos acaso ser capaces de avizorar nuevas rutas de entendimiento y relacionamiento de mujeres y hombres del campo y la ciudad: en sus roles y funciones específicas, en sus diferencias y complementariedades; apostar con firmeza en forjar una nueva perspectiva histórica, política, cultural y un nuevo horizonte de desarrollo que logre ser duradero y armónico en lo social, ambiental y económico.

“Las mujeres no nacen, se hacen”, decía Simone de Beauvoir, en tanto logren en efecto liberarse de la esfera de la dominación masculina para finalmente existir y ser sujetas de su propio destino e historia. Poderoso pensamiento feminista que por cierto perfiló una nueva dimensión política sobre el notable rol y devenir de las mujeres en la sociedad mundial. Desde entonces es cierto que hay avances en torno a un mayor reconocimiento de su aporte decisivo en los diferentes campos del quehacer humano, en las más diversas y complejas sociedades y culturas, incluso en las más retrógradas, así como en su permanente lucha por lograr cambios sustantivos a favor de sociedades más plurales, justas e igualitarias.

Sin embargo, el cambio de paradigma implica un desafío permanente, un punto de quiebre sobre la percepción tradicional y conservadora que, en mayor o menor medida, tenemos hombres y mujeres acerca de nuestro rol y función en la sociedad. Implica cuestionar nuestro pensamiento político, nuestras creencias religiosas, nuestro ser y devenir; implica en síntesis cuestionar nuestra propia filosofía de la vida y de existencia como sujetos sociales.

Crear que es posible acabar con “la eternización de lo arbitrario” -como titula la publicación de Pierre Bourdieu- y sacudirnos este gran lastre de pensamiento, es un imperativo moral generacional que debemos reconocer a contracorriente de quienes defienden el statu quo. Sigamos pues las nuevas consignas y sueños: Si Dios fuera mujer...¡qué lindo escándalo sería!

¹  (reedición de artículo escrito el año 2013).